trópico central

Sones, guarachas
el calor es mentira
sin hielo el ron
guaracha y son.

Bailando en Caña de Azúcar

Olor de razas mezcladas
tacto húmedo y cálido
sabores destilados lejos
músicas diferentes
las mismas cadencias de relajo
uno y otro trago.

Sandungueras caderas que no cesan
acompañando al noctámbulo
de la vigilia al desmayo.

Y el local que no cierra
y ya la luz del sol penetra
hiere, quema
y la gente
que ni modo
ni deserta
ni se apea.

Valencia, noviembre 1999

Ara sóc.
Demà ja no hi seré.
M'esperen altres
i altres terres
on les estrelles seran més a prop
quasi a l'abast
del tacte, dels dits.
El sol bullirà la terra
fins a la sequera
calfant la fam
de xiquets i ravals.
Escoltaré el tremor suau de la terra
que resta dies després de cada sacsejada
i ficaré els dits en les nafres de les façanes
sentint el gust adust
de les clivelles llargues.
Procuraré l'ombra
sota gruixudes branques
de mangos i ceibes
o febles com les del tamarind.
Si manca un hostal
sempre hi haurà una casa on poder dormir.
Obriré les finestres
i els llavis
als fruits dels temps.
De la teulada a la paret
si no hi ha forats
correrà un pam de cel
per on correrà la brisa
la pols, el vent.
Sobrarà el temps
omplit de converses llargues
i encara que dissimule
i reste silent
tots sabran
que sóc estranger.

A veces llegaba cansado de la montaña a la Rotonda de los Cocos, Managua, no había teléfono y tampoco nadie en la casa. Me tumbaba en los ladrillos del porche, limpios de una limpieza de ciudad, y esperaba tranquilo la llegada de mis acogedoras huéspedes, espalda contra pared.

Vivía enmontañado, y aquel suelo de baldosas brillantes me transportaba a mi tierra, a mi ciudad, porque en el pequeño jardín de setos frente a la fachada, brotaban flores violetas y blancas, como las que regaba mi tía-abuela, macetas del balcón de su casa, calle de Jerusalén, donde nací.

Vivía enmontañado, y mientras esperaba reposándome en aquel tranquilo recodo de la Rotonda de los Cocos, me sentía del otro lado, excepto si miraba aquella luna, lejana y próxima, que alzándose sobre las copas de los árboles, platicaba con los humos de las fritangas y coqueteaba con las palmas reales.

a Ambrosio Mogorrón
in memoriam

Duro y dúctil
flor de roble
trabajabas para todos
siempre que lo requerían
campesinos sandinistas
simpatizantes de la contra
sanitario noche y día.

Trabajabas en silencio
platicabas suave
a veces *arrecho*
hasta que en la cuesta La Diabla
una mina Claymon
se te llevó de viaje
para convertirte en bengala de luz
florero malinche
cerro de Bocay
transparencia en el aire.

San José de Bocay, 25 de octubre, 2001

Ambrosio Mogorrón, nació en Abanto y Ciérbana, pequeño municipio de Vizcaya y cayó en una emboscada en mayo del 1986 en San José de Bocay, Jinotega, Nicaragua. Tenía 34 años y llevaba siete trabajando como sanitario en las montañas del norte del país. Era ATS, pero se desempeñaba como médico las más de las veces. Investigó durante años sobre la lesmaniasis, o lepra de montaña, frecuente en la zona. Por todo ello había recibido la máxima condecoración al trabajo de la República.

Radio Exterior de España dio la noticia la noche de su muerte una sola vez, mientras que cada hora informaba del secuestro de unos alemanes con abundancia de detalles. Los alemanes fueron liberados varios días después por el EPS. A partir de ese suceso, la Comunidad Europea amenazó con retirar toda ayuda si los cooperantes voluntarios no eran retirados de las zonas de guerra. Y así se hizo, pese a las protestas de la mayoría de ellos.

San José de Bocay

Lluvia sobre los tejados
tejados de zinc barato
tejados de pobre, al fin.

Lluvia multiplicada
líquida sinfonía
notas rápidas, en metralla
rugido de truenos
como timbales de la creación.

Lluvia que penetra a veces hasta la cama
leve humedad de sábanas
y en mitad del estruendo, viene el milagro:
la luz que regresa y prende el abanico.
Agitación de telarañas en los rincones del techo
huida de zancudos y de mosquitos.

Lluvia que encharca el jardín de guineos
balanceo de sus frutos al viento
desparramo de flores del malinche
refugio de guardabarrancos
y de zanates hermanos del cuervo.

Lluvia entre los cafetales sedientos
barrizal en baldíos y esteros
ganado agitado en los potreros
campesinos recogidos
bajo las hojas de los ceibos.

Lluvia a través de mi ventana
de barrotes de hierro.
Cocoteros ajardinados
entre los cerros
lejos de su mar original
me comprenden, compañeros
bajo esta lluvia cálida
que llaman por ser diaria
de invierno.

Llego a la playa del Pacífico en busca del hotelito de madera y me dicen que se lo llevó el maremoto, un *cachimbo* de ola, y que de las dos plantas sólo quedó el piso y que con los restos compusieron una sala de billar, junto al mar.

Llego a la arena tibia, últimas lluvias y aguaceros, fin del invierno tropical.

Me esperan los pescadores, aquellos niños de entonces que aguardaban en la arena a que regresara el bote de su papá. Han aprendido el oficio y cambiado sus cayucos, troncos hendidos, por barcas de fibra, menos peso, más seguridad.

Vuelvo al mismo escenario salobre de escamas brillantes y conchas multicolores. Las redes vienen más livianas, las camaroneras arrasan, ya se sabe, alevines y huevos, y hasta tiburones. Cada vez necesitan más horas adentro, barcas mejores.

Más tarde, a la luz de una luna vergonzosa, las luces de los trasmallos se confundían con los luceros y las luciérnagas acuáticas soñaban con ser aviones.

Casares
Noviembre, 2001